

# El río sin orillas, metáforas del kirchnerismo (mirado desde adentro)



Darío Capelli

Facultad de Ciencias Sociales, UBA

## I. Filosofía y praxis

Desde que la esclava de Tales de Mileto no pudo contenerse frente a la torpeza del filósofo, quien por andar demasiado ocupado en los astros no percibió el pozo en el que terminó cayéndose; desde aquella risa de la muchacha tracia, decíamos, el sentido común suele guardar hacia la filosofía la actitud más desdeñosa. No carece de motivos el sentido común, y en ese menosprecio preserva un contenido de verdad: la historia de la filosofía está permanentemente interrumpida por una incómoda pregunta que, no superando el régimen de la *doxa*, la obliga no obstante –a la filosofía– a replantarse su razón de ser; a saber ¿Para qué sirve si no resuelve las situaciones problemáticas que se pueden presentarse a la experiencia? ¿Qué sentido tiene una doctrina del pensamiento si no es a la vez una filosofía práctica?

Hay un Habermas anterior a la teoría de la acción comunicativa y a los entusiasmos desmedidos por el ideal regulativo del orden social que se desprende de la deliberación democrática. Aquel Habermas, más preocupado por la teoría del conocimiento, en su libro *Teoría y Praxis*, historizaba de modo revelador cómo en el devenir de occidente fue desprendiéndose la “política” de la filosofía para, al fin, terminar por constituirse en objeto de conocimiento de la ciencia, abandonando en ese movimiento su concomitancia con la ética, a la que continuaba de modo natural. Ese ir de la filosofía por un lado y la política por otro estaba ya anticipado en la anécdota de Tales cayéndose al pozo, contada por Platón en boca de Sócrates. Ya en plena modernidad, quizás haya sido Hegel –aun desde el idealismo– el crítico más severo de tal devenir ya que no hay vía paralela al camino del espíritu, que a paso redoblado marcha al concepto. O sí la hay, pero es una vía muerta por la que se arrastran penosamente las existencias ociosas. Por eso, en su propio sistema de pensamiento, Hegel supo acoger para sí ese momento de desaire hacia las cosas y le puso un nombre: en *Fenomenología del Espíritu* lo llamó “alma bella”. El “alma bella” emerge por pereza del espíritu cuando éste renuncia a su destinación y antes que seguir manchándose con la faena de hacer la Historia prefiere mantener una integridad estéril y elevarse hacia las nubes de una pureza abstracta para –creyendo verlo todo desde arriba– terminar, por fin, disolviéndose en el vacío sin haber podido nunca hacer pie en los asuntos del mundo.

Si una etiqueta no puede colgarse a la revista de filosofía *El río sin orillas* es la de “alma bella”. Para *El río sin orillas*, el pensamiento consuma su esencia cuando se

integra al paisaje histórico, aun cuando la propia época no haya reportado todavía su nombre propio. O justamente por eso, porque nunca puede saberse del todo qué es lo que está ocurriendo y, en esa medida, nada fácil es poner nombres, es que su laboriosa pesquisa –la de los nombres propios– es una exigencia que *El río sin orillas* se impuso a lo largo de ocho números anuales durante una experiencia que se extendió entre 2007 y 2015, y que como experiencia impresa ha concluido para cumplir con la misión de incomodar a sus lectores, no permitiéndoles habituarse a ningún GPS que les facilite orientaciones (orientaciones que sólo podrían ocurrir en el plano de la fantasía) en épocas difíciles. Nombres, entonces: y buscarlos más que encontrarlos. Si dijimos “pesquisa”, lo hicimos adrede para usar una palabra del universo saeriano que no tan sólo remite a otro título –como *“El río sin orillas”*– sino a un preciso procedimiento en el que no hay búsqueda que pueda garantizar un seguro plan de cumplimiento ni verdad que sea alcanzada por los mecanismos tradicionales de validación. *El río sin orillas* buscó esos nombres en cualquier parte entre la academia y la calle; y si acaso los hallaba en el pasado –lejano o reciente– lo hacía despabilándolos para que al fin vibrasen en el presente, como el único tiempo sobre el que vale la pena seguir pensando: en su inactualidad, todos los nombres recobrados tienen aún algo para decirnos. Muestra de tales desvelos es la sección que acertadamente lleva el título de “Archivos” y que cierra los números uno, tres y cinco de la revista. Decimos que es un acierto el nombre de la sección: “archivo” pertenece a la familia de palabras derivadas de la vieja y fundamental voz griega ἀρχή que designaba no otra cosa que el origen de todo, su fundamento. “Archivos”, pues: hacia allí va *El río sin orillas*, “al rescate” de ciertos nombres para seguir la huella de sus obras tanto porque han dejado una “marca indeleble” en la historia cultural argentina como porque el ímpetu de sus pensamientos los hace excesivos a cada época que los enmarca y se expanden hacia la actualidad modulando ideas que parecen haberse potenciado con el paso del tiempo: Luis Juan Guerrero, David Viñas y Oscar Masotta son esos nombres. Bajo la misma lógica, otros nombres son convocados en la sección “Dossier” de los números dos y seis: Oscar Terán y León Rozitchner.

Estas figuras recobradas –sobre todo Viñas, Masotta y Rozitchner– dan cuenta de una serie en la que la revista *Contorno*, evidentemente y con toda justeza, es el centro de gravedad.

Pero resaltan, asimismo, los nombres de los entrevistados en cada número y la trama que puede urdirse entre ellos: de las búsquedas conceptuales en épocas de renovación crítica de Horacio González y Eduardo Rinesi a las búsquedas estéticas en épocas donde las palabras sobran –aunque difícilmente digan algo– de Daniel Santoro y Roberto Jacoby; del pensamiento desde los límites de Alejandro Kaufman y Gregorio Kaminsky al drama irreverente sobre lo nuestro tierra adentro de Mauricio Kartún; desde María Pia López y Javier Trímboli como partes de una generación a la intemperie en busca de su propia lengua política, hasta la contundente delicadeza con la que Aníbal Jarkowsky narra las experiencias de esa misma generación en el complejo mundo del trabajo enmarcado por el desempleo creciente de los noventa; de la filosofía literaria de Diego Tatián y Mónica Cragolini a la literatura filosófica de Ricardo Piglia; del estatismo de Sebastián Abad y Mariana Cantarelli al siempre anarquizante Colectivo Situaciones; del teoricismo de Jorge Dotti al vitalismo de Eduardo Jozami.

En ese afán por los nombres (los que ausculta cuando son heredados o los que interpela en un tiempo –el nuestro– que ofrece demasiados mapas pero que no estabiliza una cartografía, tal como lo sugiere el arte de las postales que acompañan todos sus números); en el afán por los nombres, los que hereda y a los que intrerroga, decíamos, reconoce, a la vez, su deuda con un conjunto de otras revistas de reconocida presencia en el debate cultural argentino. En su número debut, año 2007, el editorial las menciona como parte de su plan de lectura: *Cuadernos de Filosofía*, *Controversia*,

*Nombres, Punto de vista, Unidos* y las más recientes *El Rodaballo, ADEF, Dialéctica, Acontecimiento, Pensamiento de los Confines, La escena contemporánea, Instantes y azares, Deus Mortalis* y *El Ojo Mochó*.

Desde ahora, toda intervención futura deberá agregar a este *corpus* el nombre de *El río sin orillas*.

## II. En busca del kirchnerismo

El título general de este artículo sobre *El río sin orillas. Revista de Filosofía, Cultura y Política*, juega libremente con el de dos libros de los cuales no hablaremos aquí pero que a esta altura de la investigación social en la Argentina pertenecen ya a la tradición de nuestras humanidades y están entre los mejores estilos de la indagación teórica sobre la producción de la vida conjunta; indagación en dirección doble que si hacia un lado se pregunta por las condiciones que han de darse para que se produzca un “nosotros”, hacia el otro aborda lo que desde un sector de ese “nosotros” se reporta a la sociedad como una imagen del conjunto entero y no apenas como una porción suya. Los dos libros a los que nos referimos y de los cuales apenas nos proponemos mentar sendos títulos son *Metáforas de la política* de Emilio de Ípola y *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación* de Ricardo Sidicaro. El primero, del 2001, es un repaso a sobrevuelo de los aparatos sociológicos que fueron relegando el concepto de “acción”. En *Metáforas de la política*, De Ípola expone la necesidad de teórica de volver a considerar ese término olvidado, justo en un período histórico en el que los sujetos reales vuelven a responder al llamado de la política de maneras creativas. Es decir, la sociedad, para De Ípola, no es sólo un acople estructural de sistemas que se autoproducen sino una asociación de sujetos capaces de sostener sus encuentros. El libro de Sidicaro, en cambio, es una investigación sobre determinada facción de las élites argentinas que mediante el diario *La Nación* difunde una imagen en conjunto de la entera clase dominante y propala, desde ese allí, su propia visión de mundo al resto de la sociedad, erigiéndose –de tal modo– en un pretendido órgano educador.

*Metáforas de la política* y *La política mirada desde arriba*, entonces, son los títulos de dos buenos libros que supo dar la universidad argentina en una época que, aun siendo reciente, ya nos parece remota e irrepetible. El nuestro –el título de este texto en el que estamos comentando una de las revistas culturales más completas del último tiempo– deriva casi de una fusión de aquellos; los superpone y es como si uno se continuara en el otro. Aunque no exactamente, pues ya habrá notado el lector el relevo de la palabra que los títulos de aquellos libros tienen en común: nos referimos a la palabra “política” y a su reemplazo por “kirchnerismo”. Primera aclaración, entonces: “kirchnerismo”, en el título de nuestro artículo, reemplaza apenas la palabra pero no así el sentido de la política, su significante y no su significado, su imagen acústica más que su contenido. Porque el kirchnerismo –es la idea que quisiéramos hacer germinar en torno a *El río sin orillas*– es, en el horizonte de esta época, el nombre propio de la política. Un nombre que interpela al conjunto social saliéndole al choque; que se presenta como variante de un nombre mayor, peronismo, sobre el fondo del cual dice recortarse pero que sin embargo ha extraído el suyo, su propio nombre, del apellido de otro dirigente; un nombre que, a pesar de lo que acabamos de decir, rebalsa ya la mera referencia a la persona de un líder y designa desde ahora formas, no digamos que irreversibles, al menos ineludibles del trato comunitario en la escena actual. Hablamos de formas igualitaristas del trato comunitario para cuya garantía se ha ampliado el derecho de minorías y de sectores socialmente postergados. Kirchnerismo, entonces, como el nombre de nuestro tiempo: *El río sin orillas* no lo otea desde ninguna atalaya sino que lo contempla y examina desde su interior mismo. Por su línea editorial, es

dable intuir que el colectivo editorial lo habita, al kirchnerismo, si no con la mayor comodidad al menos con la debida incomodidad crítica con la que se habita un destino pero con la responsabilidad mayor con la que se asumen compromisos éticos, a pesar de que –como veremos– tal ubicación (que supera la dicotomía autonomía-compromiso) haya sido menos una decisión tomada desde el primer número que un devenir que fue construyéndose con cierto esfuerzo, una trabajosa búsqueda intelectual. De allí, la segunda variación del título: el desplazamiento del punto de vista: se mira a la política “desde arriba” en el caso del título del libro de Ricardo Sidicaro sobre el diario *La Nación* (recordemos: *La política mirada desde arriba*) y, en el otro –en nuestro caso, en el de este artículo sobre *El río sin orillas*–, se lo mira al kirchnerismo “desde adentro”. Una hipótesis: si el arriba puede ser un emplazamiento para mirar la política; si se puede volar por sobre regulaciones y costumbres, revolucionarios y mariscales, masas y dirigentes, para impartir desde allí (un allí que es más palco preferencial que tribuna) una doctrina incontaminada de contingencias y el diario *La Nación*, a lo largo de su historia, ha sido, según Sidicaro, prueba de eso; diremos aquí que *El río sin orillas* es prueba de lo contrario: una razón antidogmática a la que cada tramo de realidad se le presenta como un guantazo en la cara, una conciencia intensa capaz de pensar la historicidad de sus propias condiciones, que siente cómo su época la fuerza a ello y que durante el viaje hacia el autoconocimiento en el que va minando sus preconceptos llega a descubrirse habitando la política y a asumir, como una deriva ética, la responsabilidad de nombrarla. Repasemos las dos posturas: una “doctrina” sabe los nombres de antemano y pretende imponerlos a puro axioma y latigazos lingüísticos. No se priva de levantar el índice para decir cómo son o cómo deberían ser las cosas. *El río sin orillas* va por el camino inverso: se entereva con el proceso histórico y entre los sujetos concretos que lo soportan. El hallazgo de un término que los acomune será, de ahí en más, su principal desafío. Un desafío que *El río sin orillas* extiende a su propio objeto de indagación ya que si la misma sociedad no se compromete en esa búsqueda, de poco sirve que una revista de filosofía lo haga. El concepto de “doctrina”, con el que se enseña el diario de los Mitre en su slogan (“Tribuna de doctrina”), puede tener muchos antónimos. La propuesta de *El río sin orillas* es lo contrario a una doctrina pero, como se ve, no por el lado de la nadería, una de las acepciones posibles como lo opuesto al rigor doctrinal, sino por el de la heterodoxia como guía de su pasión por pensar las hebras del presente. Su esfuerzo se nutre de aparatos conceptuales de gran refinamiento (desde la metafísica martinestradiana al materialismo de un Rozitchner) no menos que de los sentimientos y las expectativas de hombres y mujeres comunes que con las mínimas herramientas que mercadean en las ferias de la cultura masiva (desde estampas del Gauchito Gil hasta canciones del Indio Solari) elaboran, no obstante, sus estrategias de resistencia en el mejor de los casos, y apenas de supervivencia en muchos otros, a todo intento de arrasamiento de la vida común.

Pero retomemos la cuestión del título que elegimos para rotular estos comentarios sobre *El río sin orillas*. Decíamos más arriba que fusiona, con alguna alteración, los de dos buenos libros de Emilio De Ípola y Ricardo Sidicaro. Como el segundo con el diario *La Nación*, hemos optado por dedicarnos a una lectura atenta de los editoriales. Nuestro corpus no estará compuesto por los más de 80.000 textos que analizó Sidicaro (nota aparte: a pesar de lo tanto leído, de haber mantenido en todo momento una “neutralidad valorativa” y de asegurarse severas “estrategias de control” en su investigación, Sidicaro llega, sin embargo, a conclusiones, si no erradas, mínimamente controversiales. Por ejemplo, el posicionamiento del diario *La Nación* frente a los sucesivos golpes de Estado: si apoyó al de 1930 debe saberse –dice Sidicaro– que no podemos partir, para juzgarlo, de un esquema de comprensión que oponga democracia/dictadura sino de otro cuyo par de fondo sea democracia/demagogia. Y así, la inminencia de una exacerbación de la demagogia en el segundo mandato de Yrigoyen, habría habilitado, en el horizonte de la época, la excepcionalidad que

debía garantizar el restablecimiento de una verdadera democracia. Esto dice Sidicaro. Nosotros, sin afán de simplificar, decimos: La Nación apoyó el golpe y punto); volvamos: no con 80.000 editoriales como las que leyó Ricardo Sidicaro sino que apenas, pero nada menos, nos la veremos con las que principian los ocho números anuales de esta revista-libro, en una vida que como ya indicamos va desde el 2007 hasta el 2015.

Si decidimos abordar por aquí, por los editoriales, es porque nunca será tarea sencilla hablar de una revista en todas sus dimensiones. La entrada que elegimos es tan arbitraria como hubiera sido cualquier otra. En cada número, *El río sin orillas* contiene más de veinte artículos agrupados en secciones relativamente fijas (“Comunidades”, “Tramas”, “Figuraciones”), dos (o tres, depende del número) conversaciones hechas en profundidad con referentes del activismo cultural o intelectual de nuestro país y, como ya habíamos anotado, una sección de “Archivos” o un “Dossier” homenaje a cierta figura gravitante del pensamiento nacional. Muchos amigos de quien suscribe estos comentarios han colaborado en la revista con sus escrituras; uno mismo fue invitado a hacerlo y hemos aceptado el convite. Si bien esa condición no obsta para decir lo que creamos que hay que decir, la parcialidad de nuestros juicios es un riesgo que por hoy preferimos dejar de lado. Sobre todo porque sabemos que no le agregarían más que descuido a una publicación que creemos de factura inmejorable en el más alto nivel del pensamiento crítico. Los editoriales de una revista, en cambio, son anónimos o llevan por firma el colectivo de trabajo responsable de la edición. No sabemos ni nos interesa saber cuánto, o si nada, participaron de su redacción compañeros o compañeras a los que podemos sentirnos ligados afectivamente. Nos interesa de ellos, de los editoriales, sus referencias a la política y sus posicionamientos frente al fenómeno del kirchnerismo, que –como venimos diciendo desde la primera línea– es el nombre ineludible, su real operador de sentido, en la discusión política de nuestro tiempo.

Pues bien, a pesar de todo lo dicho hasta aquí, como “kirchnerismo”, así enunciado, con todas sus letras, no aparece mención alguna en los editoriales de *El río sin orillas* hasta el número cuatro. Recién entonces, en aquel número correspondiente al 2010, y no es casual que sea en ése y no en otro número ya que el 2010 fue el año de una masiva y popular adhesión a las celebraciones del Bicentenario organizadas por una comisión *ad hoc* encargada por el gobierno, emerge el nombre para la época y una identidad política para la revista.

Pero 2010 no sólo fue el año del Bicentenario.

Resulta casi evidente que el número estaba planificado para fines de octubre de aquel año y a punto ya de entrar al taller gráfico. El editorial hablaba literalmente y por primera vez del kirchnerismo, aunque todavía con cierta parquedad de palabras; como si dijéramos, tímidamente. De golpe, la contingencia menos esperada: la muerte de Néstor Kirchner. El acontecimiento obliga al comité editorial a frenar la impresión de la revista. Mejor dicho, nada los obligó a hacerlo. Lo hicieron porque querían incorporar una adenda para decir algo sobre lo que estaba pasando. Se supone que el pensamiento filosófico no debe anclar su trabajo al avatar de una coyuntura pero *El río sin orillas* no es ya, por esos días, una mera revista de filosofía, si por filosofía se entiende un pensar desafectado. *El río sin orillas* consume entonces lo que parece haber sido una de sus preocupaciones principales desde que empezó a salir, a juzgar por la insistencia con la que repiten una pregunta a todos sus entrevistados. Directamente o modalizada la pregunta era “¿Cómo interviene políticamente un intelectual?”. También ha sido ésa una de las preguntas en el dossier-encuesta realizado a profesores universitarios de todo el país en el número siete. Pero en el número del 2010, *El río sin orillas* resuelve su preocupación del modo más decidido: no se pregunta cómo intervenir sino que directamente interviene. El plan para hacerlo había ido trazándose en escrituras

y experiencias previas. Faltaba una contingencia que catalizara su cumplimiento. El epílogo de aquel número, texto escrito en los días posteriores a la muerte de Kirchner y adena necesaria, se tituló “Kirchner y nosotros”. Si el editorial había sido prudente en nombrar al kirchnerismo por primera vez, el epílogo fue contundente. No recurría a los ambages habituales de una publicación académica cuando se propone la comprensión de un acontecimiento que saca a miles de sus casas y los vuelca en multitud a las calles. Por segunda vez en el año, el centro capitalino era ocupado por la marea humana. Esta vez para despedir a un hombre. Las exequias de Kirchner delinearon entonces lo que para un intelectual en su torre de marfil será siempre materia de pensamiento pero, sobre todo, un peligro frente al cual deben concentrarse todas las fuerzas de la razón: al mito, nos referimos. Muerto el hombre, nace su mito; lo cual nos informa menos acerca de quién ha sido en vida el hombre que acaba de morir que de los bríos renovados en las corrientes internas del conjunto social. *El río sin orillas. Revista de filosofía, cultura y política* había detenido las rotativas de su número pronto a imprimirse porque quería agregar algo a la edición inminente y, por cierto, se resolvió a decirlo tan claro como una petición de principios: “somos una revista kirchnerista”. Todavía hay ecos de la batahola que generó aquello. Justamente una filósofa fue su gentil presentadora un mes después: no salía de su anonadamiento por el modo en que la revista había puesto los puntos sobre las íes. Las cosas en su lugar y la filosofía a la calle, parando la oreja más que declamando juicios apodícticos, esforzándose por comprender más que por explicar. La filosofía no como la imaginó Platón: un modo de acceso al cielo de las ideas generales, ni como la quiso Hegel: el búho de Minerva que espera la tardecita para levantar vuelo, sino como una voz más entre las tantas que discuten tumultuosamente la refundación del trato social, qué instituciones le corresponden y cuáles tradiciones elige para cementar lo común.

### III. Metáforas para decirlo

Kirchnerismo fue, entonces, el nombre que encontró *El río sin orillas* en su número cuatro para nombrar la época: casi tímidamente lo había hecho en su editorial, escrito apenas antes de la muerte de Kirchner; pero de modo resuelto, en su epílogo, escrito apenas después. En el quinto número, correspondiente al año 2011, año en el que Crsitina Fernández es reelecta con cuarenta puntos de diferencia por sobre su principal competidor, el kirchnerismo se consolida como identidad de la revista.

Pero hace unos momentos lo decíamos: intervenir en la escena política y dar el nombre de la época no fue un acto repentista sino una búsqueda patente. En los tres primeros números parecía no saberse, al menos no con la certeza con que lo supo después, que “kirchnerismo” fuera el nombre que se buscaba. Sin embargo, aun encontrado y desde entonces asumido como identidad, el kirchnerismo no dejó por eso de ser un concepto sobre el que era necesario seguir meditando: ¿podría el kirchnerismo ser finalmente una utopía realizable? En el editorial del número seis, año 2012, hay un reconocimiento de que siguen siendo necesarias la crítica de lo posible y la aspiración a ir más allá de lo prefigurado, aunque también es menester reconocer, dice *El río sin orillas*, que la mejor condición para hacerlo es partiendo del suelo de lo logrado en el período político abierto en 2003. Es decir: no es que por haber descubierto al kirchnerismo o, más que por haberlo descubierto –permítasenos un psicoanálisis de cafetín– por haber podido nombrarlo; repetimos: no es que por haber dado con el kirchnerismo como nombre e identidad, la revista haya relajado su potencial crítico ni que se haya aburguesado. Quizás, incluso, a partir de ahí haya redoblado su responsabilidad en el pensar. Quizás desde entonces disponga al fin de un arsenal conceptual y una batería de nombres de los que antes carecía, pudiendo fijar, así, los nortes de la reflexión de modo menos quimérico. Pero quizás también esa carencia

de los primeros números era, a la vez, su mayor riqueza. Por eso, repitamos que para la óptica de este comentario, el nervio más vigoroso de *El río sin orillas* en su afán por designar nuestro tiempo estaba más en la búsqueda que en el hallazgo de los nombres. Ordenando la idea: los números cinco, seis, siete y ocho –publicados entre los años 2011 y 2015– han sido los de una meditación sobre el kirchnerismo como invención, como promesa, como conglomerado de signos capaz de hablar una doble lengua anclada tanto en este presente como en presentes anteriores entre los que se distingue la experiencia revolucionaria de los '60 y '70, como república democrática, como épica cívica e incluso –en ademán profético– como puerta abierta al peligro de futuras derrotas. Esto así, en los cuatro últimos números. Los cuatro primeros, repetimos, fueron más de búsqueda a tientas. Se nota que a la revista le faltaban palabras. Nos parece, sin embargo, que ese hecho –el de que faltasen las palabras para decirlo– lejos de un disvalor pudo haber sido su plus. Léida retrospectivamente, sabemos que la revista ya era kirchnerista aun cuando todavía no hubiera encontrado esa voz que designare su identidad. Con el nombre como destino más que como punto de partida, *El río sin orillas* emprendió en su primera mitad de vida el camino más difícil aunque acaso el más desafiante a toda lógica afirmativa. Porque ¿cómo se avanza en una búsqueda de nombres cuando no se dispone aún de aquel al que finalmente se arriba? ¿Cómo encontrar lo que se busca sin saber qué es exactamente lo que se está buscando? ¿Cómo organizar el pensamiento cuando las palabras no están o las que están no alcanzan? ¿Existe un método inconceptual de pensamiento y, en todo caso, se trata ése de un pensamiento raquíutico respecto del que articula con destreza los conceptos? ¿O será aquel, por el contrario, un pensamiento más ancho que el conceptual pues la inconceptualidad lleva de suyo la posibilidad de subvertir órdenes establecidos?

Declaremos algo antes de que se nos acuse de querer dividir la vida de la revista en dos épocas: todos los números de *El río sin orillas* resultan igual de desafiantes para la faena del pensar. Destacamos, no obstante, que los primeros asumieron la conmovedora vocación (no sólo porque pueda conmover emocionalmente al lector sino también porque pone a temblar las estructuras rígidas del saber) de pensar más allá de las palabras con las que solemos designar la experiencia.

Pensar más allá de las palabras, ya sea porque las palabras no están, sea porque no alcanzan o sea simplemente (pero nada menos) porque se trata de pensar lo inefable ¿Podríamos definir de un mejor modo a la metáfora: tanto figura retórica como modelo de pensamiento? Fue Hans Blumenberg en su ensayo “Aproximación a una teoría de la inconceptualidad” quien propuso un método metaforológico para emprender la tarea de abordar lo que, siendo evidente a los ojos, es –asimismo– inconceptual. Su propuesta es que la metáfora no es apenas una estación en la que el lenguaje se detiene previamente a la formación de los conceptos sino que se trataría de una modalidad auténtica de comprensión de la vida.

En cuanto al pensamiento por metáforas de *El río sin orillas*, lo que queremos decir es que la revista (o su colectivo editorial, mejor dicho), mientras no había descubierto al kirchnerismo como nombre de la política, no dejó nunca de ocuparse de él, de hablar de él mediante figuraciones que lo anticipaban sin todavía nombrarlo. Y como la materia de la política, su real –digamos–, resiste todo intento de encapsulamiento conceptual, el pensamiento por metáforas, en tanto que una forma de la inconceptualidad, parece acercarse mucho más que cualquier definición al núcleo duro de los vínculos que, a conciencia o no de sus actores, armónicos o conflictivos, intermitentes y duraderos, definen la constitución de un “nosotros”.

Los editoriales de los primeros números de *El río sin orillas*, en efecto, giraron y se organizaron en torno a metáforas del kirchnerismo más que en torno a las aserciones,

lo cual tampoco nos parece casual. Se trata de un ajuste epistemológico: la forma del pensamiento en concordancia con las características del objeto a ser pensado: si los años que van del 2007 al 2010 fueron de configuración del kirchnerismo como una nueva identidad política; si lo más notable de aquel cuatrienio en el que el kirchnerismo buscó su propia forma fue su carácter de movimiento abierto, capaz de albergar en sí al pasado (con sus deudas y haberes hacia el presente), al presente (con su lengua rota y los restos de sociabilidad que había dejado el 2001) aunque también al futuro en estado de promesa; si el kirchnerismo era, a pesar de no ser aún un movimiento con nombre propio, todo aquello definido por su apertura, entonces, la filosofía que se propusiese comprenderlo no debía violentarlo con rótulos que lo rigidicen. Es un acto de coherencia, al cabo, no haberlo pensado conceptualmente sino aludirlo, más bien, mediante el uso de figuras que lo anunciaran y no tanto que lo definiesen.

¿Cuáles fueron esas figuraciones anticipatorias del kirchnerismo? ¿A qué metáforas recurrió o cuáles descubrió *El río sin orillas* en los editoriales de los números que salieron en aquel período de formación del kirchnerismo?

En el primer número: *la caducidad*.

Todo parte de una cita de Héctor Murena extraída del prólogo a la segunda edición de *El pecado original de América* y colocada como rampante epígrafe del editorial. Aunque no tan sólo: la cita de Murena es lo primero que leemos del número. Y como se trata del número uno, la cita de Murena es la primera noticia que tenemos de la revista. En ella, en la cita, Murena hace referencia a una precariedad constitutiva del hombre americano y que, en razón de ello, de tal comando ontológico, toda comunidad le es adversa no pudiendo junto a otros lograr más que apenas conglomerados, “bancos coralíferos de hombres”. La cita de Murena es pregnante como un Zahir. Los editores cuentan cómo los perseguía aunque les resultase anacrónica. Pero ¿por qué les resultaba anacrónica? ¿Y por qué, en todo caso, hallaban en esa inactualidad de la cita una clave de interpretación para la escena del presente? Constatamos una evidencia: la cita de Murena era ya extemporánea en el horizonte de expectativas de su propia época. No deja de llamar la atención, sin embargo, que para 1965, año de la segunda edición de *El pecado original de América*, un pensamiento como el de Murena se obstine en detectar la imposibilidad de un “nosotros” cuando todo hacía dar por sentado la existencia de subjetividades fuertes con capacidad de fundar vínculos, acaso más sólidos que los de hasta entonces: el hombre nuevo, desde ya. Pero las condiciones históricas que hacían de la cita de Murena un *dictum* inaudible son las que, a su vez, precipitaron en otra época que la misma cita pareciera describir con precisión mayor. La idea insoportable de lo social (o de lo a-social) como “conglomerados de criaturas sin nada espiritual en común” describe mejor el escenario de la dictadura, la transición democrática y el menemismo que el de las décadas ‘60 y ‘70. Ahora, si la cita vuelve a hacérsenos inaudible se debe, o se debía más bien en el 2007 –año del primer número de la revista–, a motivos diferentes que al de sus lectores históricos. No es por excesiva fe en la constitución del un “nosotros” que hoy no captaríamos el sentido que pudiera tener la cita mureniana sino casi por su opuesto. La trama de pasiones que alienta nuestras búsquedas generacionales de lo común es de baja intensidad comparada con la de una generación que tomó las armas en nombre de lo nuevo. No obstante, si la cita sirve, al menos, para que tomemos nota de nuestra situación de precariedad, habrá al menos contribuido a bloquear el “poder nihilizador”, del que habla Jorge Dotti en una de las entrevistas de ese mismo número, que se expande entre los restos de la fragmentación que dejó la derrota de la experiencia revolucionaria. Dicho de otro modo (aunque no convenga ampliar ni querer explicar el sentido de las metáforas porque así las resentimos en su fuerza retórica): no hay palabras heredadas que puedan servirnos para comprender la actualidad y designar un presente. Sin embargo, no podemos prescindir de ellas, de las palabras que otras

generaciones nos legaron. En el horizonte de nuestra época vibrarán de manera tal, que más que servir para nombrar lo que nos pasa se reportarán a la lengua que hablamos como el detritus de un devenir. El nombre del presente todavía se hace esperar, pues requiere palabras nuevas.

*La espera*, precisamente, es la metáfora siguiente. Alguna vez, cierto General de la Nación aludió al tiempo de la espera (metáfora de la duración detenida en el que varios futuros se vislumbran a la vez) con otra metáfora de tono un tanto gauchesco: desensillar hasta que aclare. Pues bien, el segundo número de *El río sin orillas* refiere al tiempo en el que se superponen otros tiempos como un tiempo de espera, como un tiempo que promete que pronto aclarará. A su contrario, al tiempo que finalmente se despliega, reserva una de las mayores metáforas conocidas: *la Historia*. Así, con H mayúscula: como el tiempo que se desenvuelve en conformidad a leyes tan objetivas como universales (como tan objetivas y universales son las contingencias que tuercen el rumbo de lo esperable). *La espera* y *la Historia* son las dos figuras que atraviesan este editorial del segundo número de *El río sin orillas*. Mentimos: hay una tercera figura que se interpone entre aquellas dos: *la crisis*.

“Del texto al contexto y de éste a la textura”, solía decir David Viñas. Repasemos el contexto de este segundo número: año 2008, de marzo a julio nace, se desarrolla y agrava la situación que generó la Resolución 125. No sólo fue una pelea entre gobierno y entidades rurales. La sociedad casi entera ocupó posiciones. La opinión pública fue una arena de controversias que todavía hoy subsisten. El conflicto de intereses volvía a ser el hecho más importante de la política, su propia materia. *La crisis*, entonces, tanto convocaba a la toma de partido como abría un compás de espera. Y el kirchnerismo, o no salía de la crisis o salía parado sobre nuevas bases de legitimación. Lo segundo fue lo que pasó y la historia fue otra desde entonces. Espera, crisis e historia: tres metáforas del 2008, año del kirchnerismo en estado magmático, sin fraguar aún en la superficie: un movimiento en ebullición al que todavía le falta formar corteza o, en definitiva, un nombre.

Las figuras prevaecientes del número tres, que salió en el año 2009, serán *la noche* y *la risa*. La primera figura es como una modulación de la figura de *la espera*, metáfora abordada en el número anterior. *La noche* puede ir hacia la guerra pero también puede provenir de ella. En cualquier caso, la guerra no ha dejado de ser todavía un horizonte que nos propone cierta forma de vida (propuesta de vida tanática pero propuesta al fin) desde su acechanza destructora. Entiéndase: cuando aquí la referencia es a la guerra no se está aludiendo al conflicto, el cual, como acabamos de decir, había vuelto a ser la materia de lo político. La guerra no como conflicto o materia de la política sino como un operador de sentido todavía muy activa. Su fuerza radica, justamente, en negar la política. Del conflicto, la política vive; en la guerra, la política muere ¿Cómo hacer para no acudir al llamado de la guerra? Pero al no hacerlo, al no acudir ¿cómo no quedar atrapado en la inacción, perdido en la noche, privado para siempre del encuentro con los otros? Frente al monstruo del drama nacional, frente a las figuras terribles de la historia argentina, *El río sin orillas* propone empezar por algún lado. Aunque sea por reírse. *La risa* es aquí sinónimo de acción. Acción algo débil pero que, en su fragilidad hiriente, pone a raya las pretensiones teleológicas de la filosofía de la historia, una risa “que por un instante se anime a traducir los restos de la gran historia en cuadros joviales de historieta”.

Llegamos, así, a la última metáfora de la política a la que la revista acude antes de designarla con el nombre de kirchnerismo en el número siguiente. Una última metáfora que, a nuestro entender, da muestras de una sensibilidad perceptiva notable. La palabra “historieta” en el final del párrafo anterior ha funcionado como eslabón para hablar a renglón seguido de *El Eternauta*. En *El Eternauta* encontrarán los editores de

*El río sin orillas* varias metáforas pero más que detenerse en las imágenes de la guerra, buscarán en la historieta de Oesterheld las estrategias de sus personajes para resistirse a ella y sus efectos aniquiladores. Y encontrarán que en más de una ocasión de peligro, cuando la vida parece más frágil por las amenazas que la acechan o por los infortunios que la hacen vacilar, Juan Salvo, Favalli y los suyos, comparten todavía una sonrisa amorosa.

Lo que quisiéramos remarcar como una sensibilidad perceptiva asombrosa del tercer número de *El río sin orillas*, año 2009, es el hecho de que la variación de *El Eternauta* que circuló como una figuración del kirchnerismo no fue difundida de manera masiva sino hasta un año después. Recién en 2010, se dio a conocer el dibujo de Néstor Kirchner vestido con el traje que Juan Salvo había confeccionado para viajar entre los alambrados del tiempo. Si bien los afiches de convocatoria a un acto en el que le hablaría a la juventud ya contenían la imagen, su fallecimiento –el de Néstor Kirchner– multiplicó su circulación y amplió la base de aceptación.

El 2010 fue el año en el que la historia, mediada por un acontecimiento luctuoso, le hizo un guiño a *El río sin orillas* y en ese gesto le agradecía por haber seguido el camino de las metáforas para pensar la política, por haber rodeado al kirchnerismo de figuras que lo enriquecían al aludirlo sin necesidad de definirlo, ni de asumirlo todavía como identidad. *El río sin orillas* entendió entonces que aquel mohín de la historia era la señal que necesitaba: a partir de entonces podía dar a cada cosa su nombre.

## Bibliografía

---

### Revistas

- » *El río sin orillas. Revista de filosofía, cultura y política*, números 1 a 8, años 2007-2015.

### Libros

- » Platón (1988). *Diálogos*. vol. V. Madrid: Gredos.
- » Hegel, G. W. F. (1992). *Fenomenología del espíritu*. Buenos Aires: FCE.
- » De Ípola, E. (2001). *Metáforas de la política*. Rosario: Homo Sapiens.
- » Sidicaro, R. (1993). *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación (1909-1989)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- » Habermas, J. (1966). *Teoría y Praxis*. Buenos Aires: Editorial Sur.

